

El expreso de las 10:20**Gonzalo Rodas Sarmiento**

(segunda parte)

9 Bajo el umbral

Una envolvente música de piano viene a amasar mi tristeza. Me imagino a una dama del siglo pasado interpretándola en uno de los salones principales. Al entrar en la casa, me desilusiono. No hay piano, sino una destartalada radio a pilas. De pronto, termina esa música y empieza una horrible canción que me desagrada. Parece una burla. No logro sintonizar otra emisora.

En la antigua terraza, la gente baila asumiendo una competencia deportiva. Los siento como invasores. No me tratan en serio. Intentan imponerme una realidad que no es la mía. Trato de pasar entre ellos con la frente en alto, como un súbdito que, apenas se atreve a respirar su mismo aire.

Me gustaría tener el derecho a sentir mis propios sentimientos y llorar con lo que otros ríen. No me dejan solidarizar con los que sufren dentro de mí, obligados a ir a quejarse a otra parte. Por no darles la espalda, me niego a recibir la banda del circo. Pero, es imposible estar solo. Alguien me acompaña en mi interior. Ni siquiera tengo una tristeza limpia, sino un resentimiento que me corroe como un parásito.

Mascullando, doy un mal paso al no ver la trampa en el suelo, y caigo violentamente a un subterráneo oscuro e inhóspito. Ni siquiera me intereso en el pedazo de pan que está encima de la mesa rústica. No tengo motivos para compartir nada, con nadie. Ni aceptar una miga de pan. De nadie.

Aunque más apagadas, me siguen atacando las canciones que tratan de mover mi cuerpo a un ritmo que no siento. Que obligan a reír de los dientes hacia afuera. Como para una foto. ¿Por qué debo congelar una sonrisa ficticia?

* * *

Siento esta estridencia vulgar como un llamado a hacer algo que no podré hacer. Me llega como música de prostíbulo. Para bailar con alguna mujer gorda, risueña y triste que se ofrece como refugio de mil muchachos desorientados. Y así poder alimentar a un hijo que un día la repudiará.

O para bailar con alguna mujer delgada, de mirada perdida más allá de sus clientes. O con alguna muchacha hermosa con la que bailé una vez, siendo casi un niño. Encantado y excitado. Recuerdo que conversamos de las joyas que lucía sobre su débil y gracioso vestido. Hasta que sonó el timbre, y un mozo afeminado fue a abrir la puerta.

-Tengo que dejarte -me dijo la niña que me tenía al borde del amor.

-¿. . . Porque llegó . . . ese viejo mal agestado? -le pregunté, refiriéndome al tipo cuya reciente presencia no había pasado inadvertida para nadie.

-Es el que me regaló los aros, y el collar, y las pulseras, y el prendedor, y . . .

No quise seguir escuchando. Se me revolvió toda la ilusión, en una espiral asquerosa.

No. No me den esa horrible bulla. La alegría puede también ser real. Un disfraz de risa sólo evita morir apabullado.

* * *

Bastó una frase. No cualquier frase. Esa frase. Dirigida a mí. No son las palabras, sino el tono. El golpe de las sílabas, envuelto en un cantito burlón, me dolió adentro. Me hizo sentir indigno.

Quedé viviendo en un mundo ajeno, condenado a la derrota. Aún alcanzo a sentir cómo la alegría se va yendo, sin que yo la retenga. Rechazaría lo que me ofrecieran. No quiero el sabor a burla ni a resignación. Tampoco soy propiedad de otros.

Las sensaciones que vienen me van dejando peor. Palabras golpeadas pasan cerca mío, produciéndome rabia. Me prohíbo sentirla porque es dañina. Busco refugio en un hoyo profundo como un delincuente que no tiene donde esconderse. Me siento torpe, inferior, falto de amor, y agredido por la alegría ajena.

Envidio a los que saben amar, pero no voy a mendigar vida. Por no acceder a ponerme colorado soy capaz de renunciar a muchas cosas y personas. La relación con los demás me hace sentir miserable. Todo lo que toco, sufre. No merezco que me quieran. Yo mismo me echo para afuera del paraíso, pues me avergüenzo de mí. Sería una ofensa darme a los demás.

No quiero mirar desde mi lugar. Quisiera escapar lejos, pero no me siento autorizado a irme de mí. Estoy acorralado, pegado. Soy un peso que tengo que cargar. Ni siquiera recuerdo cómo llorar. Siendo niño, fracasé; fui derrotado.

No sé salir de este infierno. Si por lo menos pudiera subir al piso más alto. Pero, esta casa no parece tener escala.

Me agarro de lo único bueno de esta habitación. He perdido los miedos. Es absurdo temer que se produzcan las calamidades que ya se produjeron. Entonces, me abro a querer salir del infierno. Sé que provengo de Dios y desearía poder aceptar sus dones.

¡Jesús, tú siempre estás cerca. Por favor, sácame de aquí!

Empiezo a reconocer la eternidad en que vivo, sintiendo la pertenencia de mi pasado y mi futuro. Recién entonces accedo a comerme el pan que está sobre la mesa. Al moverme para tomarlo, diviso un pequeño agujero en la pared, cerca del techo. Por ahí logro salir, con gran dificultad, y llego al jardín por entre unos arbustos. Un río de lágrimas sale de mis ojos cuando ya estoy afuera nuevamente en mi mundo, con mi dignidad. Soy uno con todas las demás personas. Ya puedo volver a entrar por la puerta principal.

* * *

Busco el sector olvidado de mis recuerdos antiguos. Dentro de la casa, ya he recorrido interminables kilómetros de madera y adobe empapelado, mirando retratos, muebles y otras antigüedades vigentes que me enlazan conmigo mismo.

Disfruto imaginando que cada pantalla de cada lámpara es la falda que caracteriza a cada tipo de mujer.

Nunca como hoy, me invita la pieza de los objetos desperdiciados. Verdadero museo de lo que siempre estuvo en primera línea y ha venido a morir sin que lo vean, o donde por lo menos nadie lo miraría sin cariño. Abro la puerta con la ayuda de un cortaplumas. De un solo paso cruzo los muchos años que me separan de ese mundo de polvo y telarañas.

Al avanzar, voy encontrando los más diversos objetos, que sólo sirven para viajar en el tiempo. Alcanzo a distinguir el largo piano, arrumbado. Lo abro y pulso una de sus amarillentas teclas. No suena. Ninguna de ellas hace vibrar nada, en absoluto. Se quedaron sin la música.

Más allá veo un espejo quebrado, traído desde el ropero de mi habitación. Es un testigo mudo, con una imagen de niño atrapada en sus mil pedazos. En ellos están repartidos mis gestos espontáneos.

Recuerdo mi antigua aspiración infantil, cuando quería que alguna vez el espejo fuera libre y original y exhibiera una imagen diferente, en vez de limitarse a copiar. Ahora me lo estaba dando, en la hora de su muerte.

* * *

Hay buenos lugares para esconderse. Me gusta la pieza del fondo porque es la última, y porque ahí juegan los niños y se divierten a tope. También por ser más precaria y por su ventana que mira hacia abajo, a los patios vecinos.

Cierro la puerta por dentro y la aseguro con el pestillo. El día de hoy se queda allá afuera.

Me interno en el mundo dúctil donde todo enigma se resuelve. Con vivencias en miniatura, como viéndolas de lejos, controladas. Sentimientos como rollos de mares muertos que empiezan a revivir con lágrimas contentas. Ahí dentro se completa mi música y escucho el débil sonido de una intuición que se desvanece.

Al mismo tiempo que muero, voy descubriendo la vida.

* * *

Los pasillos empiezan a transformarse en calles. Al mismo tiempo, las puertas de las habitaciones adoptan la forma de ventanas de edificios. La lámpara se convierte en luna, mientras el techo deja de estar aquí y se adorna con miles de puntitos brillantes. Me doy cuenta que empiezo a dejar atrás la casa sin haber salido de ella.

Desde el primer momento, me dejo guiar por un sonido distante, que me hace recordar los momentos previos a un concierto, cuando los músicos prueban y afinan los instrumentos dando origen a una composición irrepetible. La apagada música me llama hacia una pequeña cámara subterránea, cuya entrada apenas se alcanza a ver. A pesar de la mirada hostil del miedo, desciendo con la certeza de estar encontrando eso que ni sé que busco.

El interior del recibidor está lleno de largas cuerdas tensadas de arriba a abajo, simulando arpas gigantes en continua vibración. No puedo resistirme a rasguelas, obteniendo un sonido poderoso, que me mueve a seguir tocando las cuerdas al azar, repitiéndolas todas varias veces. Las sinfonías están ahí desde el principio, esperando que les den fuerza. Me encuentro con las que más me gustan y muchas otras que me parecen nuevas.

Salgo contento, sin la sonajera de antes. Mi propia música me impulsa a correr y saltar. Es tan fabuloso, que necesito compartir esto con alguien. Me parece que hiciera siglos que no me mira alguna sonrisa. No quiero seguir estando tan solo, ni tan abandonado como la casa.

Y no lo estoy. Se acercan siluetas de distintos colores.

10 La valla

Me encargaron recibir a los que dan ese paso único e irreversible para abandonar un mundo e incorporarse a otro que no conocen.

No puedo creer que me tengan temor o rechazo. La gente me ve como un obstáculo frío y distante. Aunque contengo cierto calor, le cuesta manifestarse.

Los que llegan como analfabetos se sientan tímidamente en mis largueros que fueron árboles, y tratan de expresar cada una de las sensaciones que traen. Los que ya son de acá vienen a recibirlos, corriendo por el pasto, felices y dispuestos a ayudar.

Hay épocas de mucho movimiento. Aunque vengan multitudes, siempre me quedo sola y converso con la pena causada por los tránsitos dolorosos que ocurren antes de tiempo.

Trato de no ser solemne, ni forma, aunque el paso que atiendo es uno de los más importantes, para todos. Sin alambradas ni vigías.

Sueño con el día en que las personas que pasen me den la mano, o tengan algún gesto que me haga sentir acogedora. Que canten de alegría en lo más alto de mi cabeza saludando a los dos mundos.

Lo que han visto en mí hasta ahora es hosco, duro e impersonal. Un montón de troncos inertes y pasivos, listos para entrar en combustión. Me faltan ramas que se muevan puestas al viento.

* * *

Siempre estoy viendo encuentros. Me lleno de gozo con cada uno de ellos. En el de hoy, un hombre llega esperanzado. O, por lo menos, está aprendiendo a llegar y a ser acogido. Es como cualquier otro. Sus amigos le dicen “Bienvenido Ernesto”. Le cuesta entenderse con ellos en el lenguaje eterno que algún día supo y que ahora sus seres queridos le ayudan a recordar. Le enseñan a comunicar esas cosas que no se pueden expresar con palabras.

Ernesto conversa con una niña de unos siete años, que vino a esperarlo, acompañado de su abuelo, tomando helados de frutilla. A pesar de tener otra edad, Cecilia quiso venir en niñez a recibir a Ernesto porque es así como tiene más vida en él.

Recuerdan la amistad tierna que compartieron en la madrugada de la vida. Les bastan sus ojos para expresar toda su alegría y también todo su dolor, mientras miran el libro de pintar que ella trajo.

-¿Es solamente aquí donde puedo encontrarte? -quiere saber Ernesto. Pero, no hay más respuesta, por ahora, que la misma sonrisa de los primeros tiempos. Ambos continuaron coloreando las figuras que habían quedado incompletas.

-No hay nada escondido que no se llegue a saber -repite lentamente Ernesto, asombrado e interrogativo. Es la respuesta que escuchó en su interior, como si Cecilia se hubiera limitado a encender una oración que ya estaba de antes.

Cecilia llegó de veintitantos años a este sector de los mundos, en un frío atardecer. Lo recuerdo muy bien, a pesar del tiempo transcurrido. Fue una de las jornadas más dolorosas que me ha tocado. El cielo estaba rojo oscuro. La niña venía con muchas otras personas, abrazados, sin ningún apuro, cantando canciones tristes, anunciando que llorarían toda la vida. Se escuchaban entre silbidos del viento. El suelo estaba húmedo de lluvia y los ojos húmedos del llanto que ya se había secado en sus mejillas.

Los que ejercieron su poder sobre ellos han demostrado tenerme mucho miedo. No me gusta inspirar temor. No le hago daño a nadie.

Hoy, el cielo está azul. Ya están todos al lado de siempre, caminando hacia la fachada antigua, no lejos de aquí, por donde los nuevos que llegan, entran a ese lugar en que deben rendir cuentas.

Yo sigo quedándome hasta que haya pasado el último de los seres humanos y no quede alguno en isla solitaria. Entonces, será el momento de tomar mis troncos y partir muy lejos de aquí, a servir en otra pasada decisiva. Me iré con mis recuerdos y reconoceré nuevamente a cada uno.

Las vivencias más indignantes no se repetirán en ningún otro mundo.

11 Según puedo recordar

La mujer que venía hacia mí me pareció conocida, pero al principio no supe quién era. Cuando me llamó por mi nombre, descubrí que era mi tía Adela. No es que reconociera su voz, pues no la había escuchado jamás. Ella murió mucho antes que yo naciera. Cuando cada enfermedad era una aventura de la que no se salía tan fácilmente.

Nunca me imaginé que la vería en juventud, y en colores. Si solamente la conocí en sepia. Intenté decírselo, sin saber cómo hacerlo. Igual, me entendió. Por algo, siempre he sentido su presencia, como la de un ángel de la guarda.

-Gracias por la linda casita que tengo en tí -me dijo.

Y, realmente la tiene. Junto a su anciana madre. La de calladas lágrimas que parecían dos gotas de rocío.

-Quisiera saber de tí lo que tengo que saber, e ignorar lo que tengo que ignorar - expresé, sin emitir palabras-. Me dolió imaginar tu infancia. Triste. Tan lejos de tu padre y de tus hermanos.

-Supe que me ibas a comprender -me respondió-, porque, cuando eras pequeño, guardaste en tu baúl las mismas notas musicales que también yo escondí en el mío.

* * *

En el otro sector no había tanto sol. Una vieja pileta ocupaba el centro del patio de baldosas. Por los cuatro lados del contorno, los pasillos techados daban la impresión de estar en una casa de campo, por el lado de afuera de los grandes salones. En mí había un temor: ¿Para qué sería esto?

La antigua construcción de adobe era acogedora. Tenía una tibieza especial que no supe localizar. De cualquier modo, no quise apurarme. Tal vez me preguntarían qué hice con mi vida. ¿Cómo iba a poder recordar?

Las ventanas estaban protegidas por poderosas estructuras de fierro. Una gran cantidad de personas estaba en cola bajo los techos, con sus caras preocupadas. Sospeché que este trámite no me sería fácil de asimilar.

Me puse al final de la fila, que ya abarcaba más de la mitad del borde del patio, dando vuelta en dos esquinas. Delante mío había un tipo de rostro alegre, con gruesos bigotes. No supe por qué me pareció conocerlo desde antes. Como me venía bien conversar un poco, lo intenté con un saludo protocolar:

-Larga la cola, ¿ah?

-Sí, pero avanza rápido -fue su respuesta, tomada del mismo protocolo. Superada la formal condición de desconocidos, iniciamos un diálogo mientras caminábamos, pues la velocidad de la fila era realmente desacostumbrada.

-¿Cómo fue que llegaste por estos lados? -me preguntó el hombre de los bigotes. Al principio titubeé un poco, tratando de definir desde dónde empieza a llamarse “estos lados”. Le respondí atendiendo a las fronteras que para mí eran más significativas:

-Enfermedad. De ésas que llaman “larga y penosa”, aunque en mi caso la encontré más bien corta . . . ¿y tú?

-Accidente de tránsito. Tú sabes que andan manejando como locos.

No me costó imaginar la escena. Cualquier esquina. Cruce peligroso. Seguramente mi amigo tenía hasta la preferencia, pero opté por no preguntarle. Ya no interesaban esos detalles.

La columna de gente avanzaba cada vez más veloz. Siguieron llegando hombres y mujeres sin edad, y otras tantas entraban por la temida puerta, al final del recorrido, y volvían a salir inmediatamente por la puerta vecina, tan rápido como habían entrado.

-¿Crees que será muy duro esto? -pregunté.

-No sospecho. Tanto hablar de los castigos de Dios, que no puedo menos que temer lo peor.

-No creo que a Dios le guste castigar, ni tampoco, creo que haga cosas que no le gustan. Yo confío en un Dios bondadoso y misericordioso.

-Dios te oiga.

Seguí pensando. Dios no puede ser igual que los hombres. Algo superior debe tener. No puede estar sumergido en ese mismo barro de violencia, abusos y venganza en que estamos los humanos.

-Dios es amor. Me quedo con ese concepto, y así puedo ir más confiado - respondí.

Sin embargo, en el fondo sentí un miedo que colocó mi estómago dentro de un ascensor que subía y bajaba mientras avanzábamos. Seguramente, las decisiones que había tomado en mi vida no daban lo mismo. O si no, no tendría ningún valor la libertad.

Seguí andando. Estaba cada vez más cerca. Doblamos en una de las esquinas del patio. Volvimos a preguntarnos y respondernos las mismas cosas. Era un punto de crisis. ¿Cómo sería la forma de purgar las malas actitudes?

Trotábamos por los pasillos. Al tipo de los bigotes le tocó entrar, y salir casi al mismo tiempo por la otra puerta, metros más adelante. Ahora era mi turno.

Entré, creyendo en una salida rápida, pero ocurrió algo distinto. Fue como si el tiempo se hubiera detenido de repente, en lo que parecía un desperfecto del sistema, justo cuando me tocaba a mí. Pero, no era una situación anormal. A todos les pasó lo mismo, pues el tiempo a ese lado de la puerta transcurría más lento.

En ese momento no supe que muchísimo tiempo iría saliendo apenas unos metros más atrás que mi amigo. “Soy Miguel”, “Soy Ernesto”, sería nuestro diálogo.

Por el momento, disfruté poder guardar eternidades dentro de un suspiro, con un toque de rey Midas. Por algo dicen que el tiempo es oro. Creo que es mucho más que oro.

* * *

Todavía puedo aterrarme. Como ahora, frente a lo que quedó de un antiguo certificado, oscurecido a fuego muy lento. Lo encontré botado en el suelo y no estoy seguro si acaso es mío. Aún se alcanza a leer:

“Recibí de usted un total neto de setenta y dos mil quinientas catorce horas con veinticinco minutos y seis segundos. Entrego a cambio la cantidad de dinero necesaria para adquirir dos mil setecientas toneladas de papas”.

La firma del empleador es ilegible.

* * *

Mis recuerdos fluyen en el deshielo. Viven. Se mueven lentamente. Desde el estado de congelación, pasando por líquido frío, a tibio. Me estremecen cuando van tomando calor. Corren. Se atropellan. Finalmente hierven y lo salpican todo.

Entiendo que he venido a recordar para poder olvidar.

Cualquier suceso que haya quedado metido en un cubo de hielo, no está olvidado. Mientras se mantenga sumergido bajo una costra helada, jamás podrá evaporarse.

No se saca nada con congelar el caudal, pretendiendo ignorarlo. Cuando termine la noche, un tímido rayo de sol lo hará caminar nuevamente.

* * *

Esta vez, estoy bebiendo de la fuente. En cuanto crucé la puerta, una mano acogedora me tomó, con el amor y ternura de una madre, o de un padre. Después me soltó suavemente, y sus dedos empezaron a transformarse en haces de luz de distintos colores, abriéndose en muchos rayos, con todas las tonalidades imaginables.

Así es como siempre había querido sentirme. Suspendido en el aire, cayendo casi sin velocidad.

Las luces de todos colores se pusieron a bailar y se materializaron adoptando la forma de miles de niños cantando con espontaneidad a mi alrededor en un extraño jardín, tomados de sus manos. Muchas filas de niños y niños venían hacia mí, desde todas direcciones. Y yo al medio, seguí en caída lenta, hasta quedar sentado en el pasto, disfrutando tan calurosa recepción.

Quisiera ser uno de ellos, pero me encuentro más anciano que nunca.

Poco a poco me levantaron. No con sus manos, sino con sus cantos. Sin saber cómo, me vi integrado al grupo, con una fuerza de vida poco habitual en mí.

Desde hace algún rato, mis pequeños amigos se están presentando en armonía perfecta:

-Me llamo Esperanza.

-Me llamo Justicia.

-Me llamo Alegría.

-Me llamo Perdón.

- . . .

* * *

Me toma de la mano una negrita llamada Verdad, transmitiéndome sin palabras su necesidad de ser cuidada por mí.

Haré cualquier cosa por no frustrar la admiración que me demuestra. La sola posibilidad de defraudarla me detendría, dándome la fuerza suficiente para desistir de cualquier actitud negativa.

Es mi salvación. Soy su salvación.

12 El Prisma

He ayudado a muchos viajeros a recordar todas esas instancias en que la vida los pone y los saca de los pedestales. A mirarse desde distancia remota, como a una estrella extinguida, cuya luz jamás dejará de recorrer el espacio.

Ahora, estoy frente a una de estas oportunidades nuevas. Se llama Ernesto, y al principio me miraba asustado, sin entender de qué se trataba. Miles de niños me regalan su presencia. Sin ellos no soy nada. Proporcionan cada una de las referencias permanentes para evaluar las vidas en tránsito. Estoy al servicio exclusivo de esa causa.

-¿Y ese televisor? -preguntó despectivamente, indicándome con el dedo.

Al ver el lector de tarjetas que tengo incorporado, pareció comprender. Buscó en sus bolsillos, sacando toda clase de cosas, como por ejemplo, una llave de fierro, un candado oxidado, un trozo pequeño de alambre de púas, un reloj de arena, un resorte, una pata de conejo, el infaltable botón, un cerrojo, y varios cigarrillos antiguos, de diferentes marcas.

-¡Qué raro! Si hace años que no fumo -dijo y siguió buscando hasta dar con una pequeña tarjeta transparente, desconocida para él mismo, a juzgar por su gesto. La mostró en forma interrogativa a los niños, los que asintieron entretenidos.

Todos los que llegan acá traen una tarjeta para presentarme sus vivencias. Me dejan soñar que estoy vivo y que tengo derecho a disfrutar, correr riesgos y tener aventuras, como si las tuviera. Reír y llorar al conocer las emociones de otros. Así no me oxido, y me construyo solidario.

Yo jugaba a adivinar qué tipo de vida se me venía encima. Siempre es una experiencia nueva que después olvido en forma súbita. Habitualmente, hago estas proyecciones de la manera más rápida posible, pues cada vida es larga. Sin embargo, me detengo de vez en cuando. En realidad, me programé para ir más lento en la medida que voy encontrando estados anímicos más intensos.

Ningún recoveco me es ajeno. Como un espejo espiritual, reflejo hasta los sentimientos de los personajes.

Mientras sus males acumulados van enrojeciendo el semblante al espectador protagonista, sólo quedan en pie sus añoradas actitudes constructivas, que le ofrecen vislumbrar una solución a sus conflictos.

Ernesto introdujo la tarjeta en la ranura, y al instante tomé prestada su historia, proyectándola en visión perfecta. Esto es vida. Ahora puedo ser transparente, y mostrar imágenes completas, sin distorsión. En cambio, cuando estoy apagado como me corresponde en los lapsos de espera, parezco una simple piedra de caras rectas, a medio pulir, sin vida propia. Quedo obligado a presenciar sin sentir. Ser un testigo mudo y sordo de un devenir silencioso, frío y gris.

* * *

Reinan la confusión y el miedo. Me refiero a esa escena notable en que recién me detuve, tratando de captar cómo están ordenadas mis partículas electrónicas.

Estoy representando un acto eucarístico masivo. El fuego, la tierra y el agua han desplazado al aire. Ernesto, muy solo, se mueve entre el gentío, llorando por el efecto de los gases lacrimógenos que aún están en el ambiente, mezclados con los nubarrones de humo que invadieron el parque. Va desesperado, buscando a los suyos, sintiendo ardor dentro de su boca. Verdaderos pinchazos en nariz y ojos. Apenas alcanza a echar de menos la celebración que no pudo ser lo que estaba llamada a ser. Fue el grito del Pontífice, la nota que hizo resonar el diapasón de Ernesto:

-¡El amor es más fuerte!

Veo a Ernesto emocionado nuevamente, con más intensidad que la de aquella vez, como si todas las vibraciones del parque confluyeran en él.

Este momento es más que una anécdota. Es una manifestación clara de vida en medio de tanta negación. Un punto de eternidad que ya estoy aprendiendo a reconocer.

-Cada uno de ustedes es más fuerte -dice Ernesto a la multitud infantil que lo acompaña en esta ocasión. mientras yo empiezo a recorrer su vida nuevamente, queriendo que no llegue nunca ese punto final en que olvidaré todo.

13 Contra todo lo supuesto

No pude evitar que me rondara el miedo, cuando al poner la tarjeta, el prisma se llenó de mi vida. Prácticamente estuve metido adentro todo el tiempo que duró el video, hasta que la máquina lo devolvió, y entonces respiré más tranquilo, guardé la tarjeta, maravillándome de la cantidad de información que cabe en ese pequeño pedazo de plástico transparente.

La proyección fue rápida, menos mal, pero no omitió ningún detalle de mi vida. Percibí hasta los sentimientos de las otras personas, sin tener que esforzarme ni adivinar.

Aventureros niños me alentaron comprensivamente. Gracias a su increíble sabiduría, y a su sentido del humor, ahora miro todo distinto. En una dimensión más ajustada. Nunca imaginé que me podían enseñar. Ni menos ese otro niño, dentro de la pantalla. El que fui yo. Hasta hoy me sigue enseñando.

Al evaluar mi vida, veo que me faltó llorar por algún rostro desvalido, más que ordenar su desayuno. Descubrí que las ausencias tienen fuerza. Son reales, como mi niñez.

Ya estaba en condiciones de salir al pasillo. Mis pequeños acompañantes, se alejaron en parejas, lentamente, hasta confundirse con los rayos del sol que se filtraban entre las nubes. La mano acogedora, que me ha tenido siempre, me sigue teniendo ahora y me habla sin palabras, dando satisfacción a cada uno de mis intentos de expresar mi tristeza por no haber respondido plenamente.

Me sentí como habiendo golpeado a Dios en la mejilla. Súbitamente vinieron a mí, en respuesta, las muchas mejillas de Dios, que son incontables como granos de arena de muchas playas de muchos planetas. O como muchos niños que vinieran al mundo en nuevos y pacientes intentos del creador.

No quise prometer nada para el futuro, porque sería como jactarme de ser poderoso, y no me sentía así, en absoluto.

Si tan solo hubiera tomado conciencia que llegaría a estar viendo esa película en presencia de esos niños, entonces habría vivido distinto mi vida.

* * *

Me sorprendí cuando vi a Jesús en el rostro del mendigo al que yo estaba dando limosna. Pero, lo que definitivamente hizo cambiar mi percepción de las cosas fue esa escena en que yo, niño, molestaba a mi hermana hasta hacerla llorar. Contrariamente a lo ocurrido en esa oportunidad, esta vez mi pesadumbre interna se manifestó con más fuerza que la obligación social de reír.

Sentí haber pisoteado la alegría, una vez más, acostumbrado a dejarla ir, de tanto que la arrancaban de mí, violentamente, y la tiraban lejos cada vez que me encontraban en falta. En ese entonces, yo me quedaba con mucho frío interior. Mi alma necesitaba abrigarse, o arrimarse a un inmerecido brasero.

-Aún tengo vida y la tendré por mucho tiempo -dijo la Alegría, optimista y contenta, casi bailando-. Sólo destruiste mi foto.

* * *

Seguí metido en la proyección, vertiginosa a ratos, una verdadera pesadilla, a veces. Empezó a frenar, al detectar un conflicto interno en que yo estaba metido. Ya era mi vida adulta. Dubitativo, me decía a mí mismo en aquella escena, “lo digo o no lo digo”. Iba a decir algo, pero al final me había quedado callado. Hoy recordaba arrepentido esa situación.

-¿Qué había en tu corazón? -me dijo la Verdad, que siempre hablaba en preguntas.

-Tenía un deseo interno de ser fiel a Jesús, pero también sentía un tremendo miedo a las consecuencias que de allí vendrían.

-¿Era como una lámpara debajo de la cama?

Asentí desconcertado, pues realmente nunca me he atrevido a encender la linterna hacia la gente.

* * *

Lo que más me llamó la atención no estaba en la película, sino en los pequeños televidentes. Ver a la Justicia y al Perdón tomados de la mano, inseparables como caras de una medalla, en eterno noviazgo, fue algo que rompió mis esquemas.

Siempre creí que eran fuerzas opuestas, y que deberían estar peleándose y forcejeando con los castigos, cada cual desde su extremo; una tratando de imponerlos, y el otro haciendo lo imposible por levantarlos. Hoy supe que nada de eso ocurre, ni podría ocurrir jamás. Ambos se necesitan mutuamente para luchar por una vida sin heridas ni manchas.

Quedé completamente desubicado, pero preferí no emitir juicio ni pregunta alguna. No quise ponerme un ropaje de maestro de la ley visitado por el niño en el templo.

14 El Perdón

-No creí tener derecho a tí -me dijo, con pesadumbre.

Vi frustración en Ernesto, por asuntos que antes no le habían significado nada, y que hoy no dudó en calificar de egoísmo y falsedad.

He vivido en su casa muchas veces y me he sentido bien casi siempre, sin rejas ni prisiones. ¿Cómo no tener gratitud?

-Tu apertura a recibirme es suficiente -le respondí con certeza. Pero, no me instalaré. Estoy dispuesto a que me lleves a otra casa, y desde ahí me envíen a otra, y después a otra. No es bueno quedarse por mucho tiempo en los puentes.

* * *

-Si pagas injusticia por injusticia dejas las cosas mucho peor -le dijo al hombre mi amiga Justicia-. No se puede equilibrar una mala acción si no es reparando el daño que ésta haya causado.

La amo profundamente. Por la sabiduría de sus palabras, y porque mi propia vida no tendría sentido sin ella. Siempre está reparando daños. Anda con un maletín de herramientas, en el que lleva también daños de distintos portes. Ahora mismo, por ejemplo, está pegando unos trocitos rojos de corazón. Se lo lleva en eso.

* * *

Renuncié a querer cambiar el pasado. Sobre todo porque es imposible. Sólo ayudo a convivir con él, comprensivamente. Estoy dispuesto a acudir como una nueva oportunidad cuando me llaman personas tan agobiadas por los remordimientos, que no desearían nada mejor que regresar a deshacer sus actuaciones. Todos ellos me son tan necesarios como yo mismo. Si el perjuicio que causaron sirvió para que vean su realidad y quieran cambiar, yo no pido más.

No puedo blanquear páginas negras. Seguirán siendo negras. Me interesan aquéllos que las ennegrecieron. No para procurarles un buen pasar. No. Ellos me preocupan en otro aspecto. Creo que no querrán hacerlo de nuevo. Si me lo dicen así de claro, tendré que correr el riesgo. Los dejaré que toquen otras páginas blancas con sus manos que ya no ensuciarán.

15 Hasta la vuelta

La puerta no pertenecía a construcción alguna. Esa misma fabulosa entrada que hasta hace un rato coronaba el pasillo de salida del edificio, se transformó en un moderno monumento a la soledad. La puerta estaba tan sola como yo, dispuesta a abrirse y cerrarse, sin

ningún sentido. Entré. ¿O quizás salí? Da lo mismo. Al otro lado no se veía rastros de nadie. Reinaba la más absoluta oscuridad.

Cuando empezó el movimiento invisible, busqué de inmediato algún punto de luz. Es algo que aprendí en mi primer viaje por esta frontera negra. Lo vi, débil, al fondo, y velozmente me encontré junto a esa claridad.

La luz era producida por dos filas de ampolletas que semejaban velas, a ambos lados de un ataúd, en la nave central del templo. Muchas flores sin vida, abatidas y lacias, adornaban solidariamente el funeral. Separadas de su raíz. Desconectadas de su fuente de vida corporal. Un símbolo de lo que pasaba con mi propio cuerpo.

No supe cómo ni cuándo empecé a involucrarme en una ceremonia que requería mi presencia, de la que nadie se percató en un comienzo, y probablemente, tampoco después.

* * *

En un banco de adelante encontré a Gloria. Fui a decirle cómo su amor contribuyó a formarme, pero no logré hablar nada. Ni siquiera tocar las lágrimas que se llevaban su dolor.

Infructuosamente, quise abrazar y dar ánimo a mis hijos, y hacer llegar mi gratitud hasta mis ancianos padres, que estaban tomados de la mano.

Tendría que poder comunicarme con quien quiera, con sólo desearlo, pero me falta una técnica que no he aprendido. Puedo intentarlo evocando algún recuerdo que nos una. Cada ser querido que se vino antes que yo, era una oportunidad de aprender. Hoy lamento haberlas desperdiciado.

Cuando íbamos al cementerio, recién me sentí presente en mi esposa. En el momento de mostrarle mi manera de amar los árboles, percibí lo que ella quería decirme. Palpamos una fuerza de compromiso. Decidimos enviarnos cartas en el futuro, aunque no sabíamos cómo hacerlo.

* * *

Al escuchar la frase típica “Que descansen en paz”, sonreí con humor, pues ya había tenido bastante trajín y todo indicaba que lo seguiría teniendo.

Calculé que era el momento de retirarme, y aceptar ser invadido por una oscuridad movediza. Y buscar un punto de luz, para salir a un mundo distante y sentirme más liviano que nunca. Quedo agradecido de haber tenido la oportunidad de despedirme de todos aquellos que fueron a dejarme a la estación.

Pero aún no me despedía de mi amigo Pablo, que por alguna razón no asistió al funeral. Al acordarme de él, me encontré súbitamente observando un partido de tenis. No noté el viaje. La vivencia recién llegada vino a sacar el moho a mis recuerdos y a rescatarlos de su estado de postergación. Pablo era un tipo amistoso y simpático. Nos conocimos en la universidad, muchos años atrás, e hicimos algunos trabajos juntos. Traté de llamar su atención, pero Pablo seguía jugando, con su habilidad acostumbrada.

La curiosidad me llevó a preguntarme en qué forma había seguido viviendo nuestra antigua amistad. Al instante estuve dentro de una pequeña vivienda que pertenecía a algún país mágico.

Mi casa en Pablo estaba desocupada. Los pocos muebles que quedaban no habían tenido algún cuidado en mucho tiempo. Me reconocí en un antiguo retrato en el que me veía luciendo una sonrisa de foto. Estaba puesto encima de una mesa, junto a unas revistas destruidas por la humedad, y a un plato con restos de mermelada descompuesta.

Opté por abandonar esa casa tan poco acogedora, y volver al campo de tenis, justo cuando Pablo perdía un punto inexplicable, tras una gran jugada.

16 El Viento de la playa

Además de las puestas de sol, y las gaviotas que vienen en picada, no he visto mucho más que arena, mar y caminantes. Y las formaciones rocosas que fluyeron rojas desde original fragua. Eso fue hace mucho tiempo. Desde entonces, me entretengo en mover la arena y en mover el agua, que incansablemente viene una y otra vez a borrar las huellas de los caminantes. De los que se zambullen, de los que se mojan solamente los pies, y de los que apenas llegan a la fría ola. Todos intentan atravesar la playa mientras sus coberturas se van desprendiendo como etapas superadas.

El caminante de hoy ya va por los aires. Venía dando pasos cada vez más largos y livianos. Todo lo dejó en la arena. Los relojes, los calendarios y los almanaques. Y también unas maquinarias sofisticadas. Engranajes y resortes saltaron para todos lados. Yesos, desintegrándose de a poco. Gasas impregnadas de sangre de niño, coagulada hace muchísimos años.

Quedaron atrás un montón de miedos que el mar se llevó. Aún flotan las inmensas carátulas negras. El hombre las mira impassible, mientras se alejan con lentitud. Su capacidad de sufrimiento yace en la arena, calcinándose al sol. La pesada razón tampoco pudo seguirlo. Ni siquiera su aptitud para tomar decisiones. Sacarse la responsabilidad fue algo realmente difícil. Todas sus vestiduras quedaron en el suelo, como circuitería en desuso, sin expresión y sin más movimiento que el lento arrastre de las olas.

* * *

De lo último que se despojó fue de sus recuerdos. Saltaron al aire en una interminable expansión de nubes de todos colores, cada vez más tenues, buscando un espacio mayor que las pueda contener. Llevé sus alegrías y sus frustraciones a la capa más alta de la estratósfera. Ahí guardo todo.

Algún día llegaré a tener una verdad blanca, sólida y armónica. Antes que termine la vida, hasta lo más oscuro habrá tenido su aclaración.

* * *

El caminante ya no lo es. Sólo se lleva lo indestructible. Sus intuiciones libres que le permiten recibir los mensajes de los acontecimientos. Es la imagen y semejanza que lo acerca al creador. Una simple gota de agua suspendida en el aire. Pequeña y liviana. Ansiosa de encontrarse con el océano. Por siempre seguirá siendo agua, buscando agua.

La muevo suavemente. La gota llega hasta el mar y se identifica con su antiguo entorno. Su contemplación podrá durar apenas una fracción de segundo, o quizás casi toda una eternidad. Innumerables ciclos de evaporación y lluvia.

En algún momento, al romper la ola, esa misma gota de agua saltará hacia mí y empezará a adquirir nuevamente un cuerpo tenue. Se cubrirá de facultades hasta que pueda afirmarse en la arena y dar unos pasos. En su expresión adivinaré su felicidad de reencontrarse con lo desconocido. El caminante traerá luces esperando a ser tocadas para encenderse.

(fin de la segunda parte.

Continuará)